



Una vez conseguida la porcelana en el horno, han de corregirse las imperfecciones mediante continuas pulimentaciones, para pasar a la sección de decoración.



La sección de decoración. Una serie de especialistas y pintores son los encargados de dar el toque final de color y dibujo a cada pieza de porcelana.

SÈVRES

DESDE las épocas más remotas, concretamente cuando empezó a surgir la civilización, el hombre ha necesitado de la cerámica para usos domésticos aunque, al mismo tiempo, la ha embellecido para su contento personal, decorándola y adornándola, combinando, por tanto, el sentido utilitario y el estético.

La famosa porcelana de Sèvres, que mantiene en las cinco partes del mundo la tradición del buen gusto francés, se fabrica a las puertas de París. Su creación se debe a los esfuerzos que al final del reinado de Luis XIV tendieron a obtener una cerámica cuyas cualidades de blancura, dureza y transparencia, pudieran competir eficazmente con la porcelana oriental. Pero además de luchar contra la invasión exótica de la cerámica china y japonesa, significaba también proteger a la industria francesa contra la importación de porcelanas alemanas, de composición análoga a la oriental y que se fabricaba en Meissen y Sajonia desde 1709.

La manufactura de Sèvres nació como una sociedad particular, con protección real, instalándose en una finca de la favorita de

Luis XIV, la famosa Madame Pompadour, que la acogió bajo su protección, la más importante y señalada de la época. La finca estaba equidistante de Bellevue, residencia oficial de la favorita, y de Versalles, residencia real. Era una vasta edificación de cuatro pisos junto a la que se construyó un pabellón para el rey, que se terminó y comenzó a funcionar en 1756, con 250 operarios. Los más destacados pintores de la corte comenzaron a colaborar en la obra: Viellard, Mutel, Dubois, etc.

Pronto comenzó Sèvres a tomar altura industrial y artística, hasta el punto de que las fábricas sajonas comienzan a imitar sus creaciones, y si antes se seguían las creaciones orientales, pronto fueron interpretadas y fantaseadas, utilizándose los estilos antiguos —especialmente los griegos y romanos—, e incorporándose los de la época: neoclasicismo, rococó, etc. Para la creación de Sèvres resultó muy importante el patronazgo de los grandes nobles de la corte y, en especial, las favoritas como Madame de Pompadour, que impuso a los escultores Falconet y Pigalle, que consiguieron, por medio de sus creaciones, representar a la perfección el gusto de la favorita: un



Al igual que durante siglos, la industria manufacturera de Sèvres, con su porcelana incomparable, ha conseguido estatuillas de inigualable belleza clásica.

SÈVRES



Después de efectuada la primera cocción, el especialista lija el «bizcocho» para limar las posibles imperfecciones y pasarlo al taller de decoración en perfecto estado.

equilibrio entre lo lindo y lo heroico. La propia «morganática» de Luis XIV posó para sus escultores, que reprodujeron su imagen en «La Amistad», «La Música», etc., incluso algunas veces un tanto ligera de ropa, en las famosas creaciones de porcelana «biscuit» o porcelana blanda. Llegó a tener tanta importancia este mecenazgo que uno de los colores más trascendentales conseguidos por la Manufactura de Sèvres se conoció con el nombre de «rosa Pompadour», así como el «azul del rey», envidiados por todas las fábricas europeas.

En 1759 surge el fracaso económico de la empresa, con deudas que ascienden a medio millón de libras. Para salvarla, Luis XV la compra, agregándola a los bienes reales y, cosa extraña, mejora de inmediato su suerte, recibiendo encargos de toda Europa. Se ponen de moda el estilo «rojo de perdiz» y clásico. El director de la institución, Boileau, la lleva por firmes derroteros. 1768 resulta un año decisivo para Sèvres. Por fin, los franceses consiguen descubrir el caolín, lo que les permite construir la «porcelana dura». De ahora en adelante, Sèvres se distinguirá por dos supremas clases de porcelanas: la «tierna» y la «dura».

En 1772 ocurre un nuevo percance: el siguiente director, Parent, y su cajero, Rogent, son procesados por malversación de 274.000 libras y van a dar con sus huesos en la Bastilla, aunque, paradójicamente, Parent sea un gran director artístico de Sèvres, impulsador de nuevos métodos y proyectos. Fue entonces cuando comenzaron a fabricarse las grandes vajillas que se vendían en las subastas organizadas por Luis XV en Versalles, durante la Navidad, y eran adquiridas por la nobleza. Al mismo tiempo, los grandes señores encargaban también su menaje. Son famosas las vajillas destinadas a Madame Du Barry, el príncipe de Rohan y, sobre todo, la de la zarina Catalina de Rusia, fabulosa por su magnificencia, que costó, ya en aquella época,

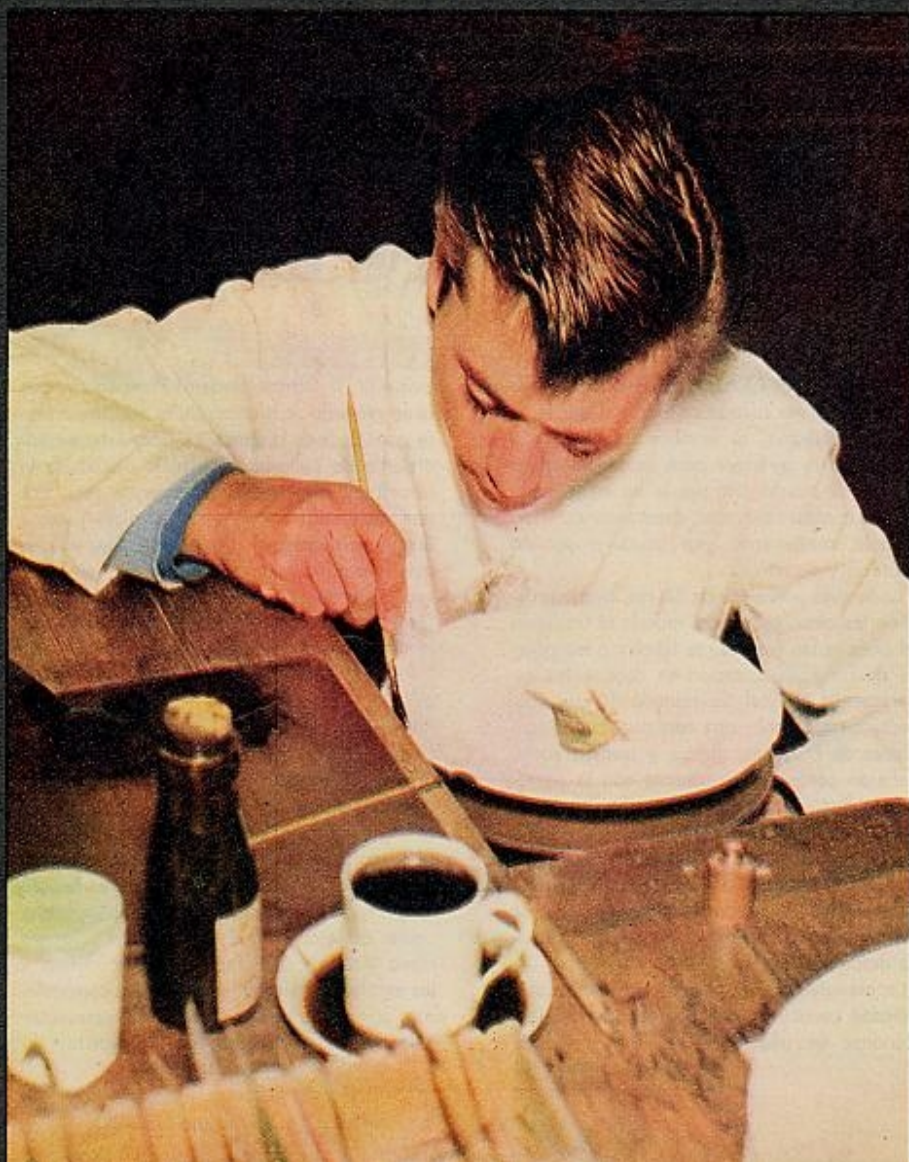
325.000 libras, totalmente inspirada en motivos del antiguo arte romano.

Las medidas proteccionistas fueron energicas, al establecerse severas penas para los obreros y artistas que abandonaran el establecimiento sin permiso oportuno, así como a los fabricantes que los sobornaran para hacerse con los secretos de fabricación. Incluso en 1784 el rey ordenó a los doce fabricantes de porcelana existentes en París, que trasladasen sus industrias quince leguas más allá de la capital.

Durante la Revolución Francesa la Manufactura de Sèvres estuvo a punto de desaparecer. Sin embargo, cuando Napoleón llegó al poder pasó a formar parte de su «Lista Civil» y fabricó profusamente vaillas, estatuillas y muy diversos cachivaches que adornaron los tocadores de las damas europeas de la época, imponiendo el estilo imperio y el neoclásico, todavía imperante. Al igual que durante la época revolucionaria se fabricaron curiosas piezas con gorros frígidos y banderas tricolores —hoy son preciadísimas piezas de museo—, las figuras de Napoleón y Josefina, primero, y Napoleón con la emperatriz María Luísa, después, inundaron Europa en los días de gloria del imperio.

La influencia de Sèvres en España fue profunda, introducida por la corriente impuesta por Felipe V —el primer Borbón español y nieto de Luis XIV— hasta el punto de que se comenzó la creación de la famosa fábrica de porcelanas del Buen Retiro. A pesar de ello, Carlos III encargó su vajilla personal, decorada

Una vez lijado el «bizcocho» el objeto pasa al taller de decoración, donde es pintado para volver al horno.





Preparando la «muffla» u horno: es decir, graduando la temperatura del mismo para conseguir el grado calorífico necesario para la cocción.



Comprobando la solidez de los apliques que se han agregado al ánfora de porcelana, de líneas clásicas y modernas.

por Watteau, a Sèvres, al igual que numerosos nobles de la época y, por tanto, las colecciones existentes en nuestro Museo Arqueológico, Palacio Real y otros particulares son importantísimas.

Después de Napoleón, la Manufactura de Sèvres continuó su trabajo ya en pleno «olor de fama» capeando las vicisitudes históricas y llegó a ser un establecimiento oficial del Estado, bajo la dependencia directa del Ministerio de Educación Nacional francés, hasta que en 1943 lo hizo depender directamente de Bellas Artes y, más especialmente, desde 1946, de la Dirección General de Artes y Letras. Su labor continúa dentro de la más alta exigencia artística aunando la tradición con las nuevas técnicas y direcciones del arte actual.

J. S.

(FOTOS SIRMAN PRESS-ZARDOYA)